

Jorge Semprún (1923-2011)

Pasajero de la modernidad

Francisco Prieto

Fallecido el 7 de junio pasado, Jorge Semprún es una de esas figuras sin las cuales la mitad del siglo pasado sería, literalmente, impensable. Francisco Prieto exalta la vida y obra ejemplares del intelectual hispano-francés, y José Gordon y Guadalupe Alonso nos presentan una entrevista inédita con el autor de libros como El largo viaje y La escritura o la vida.

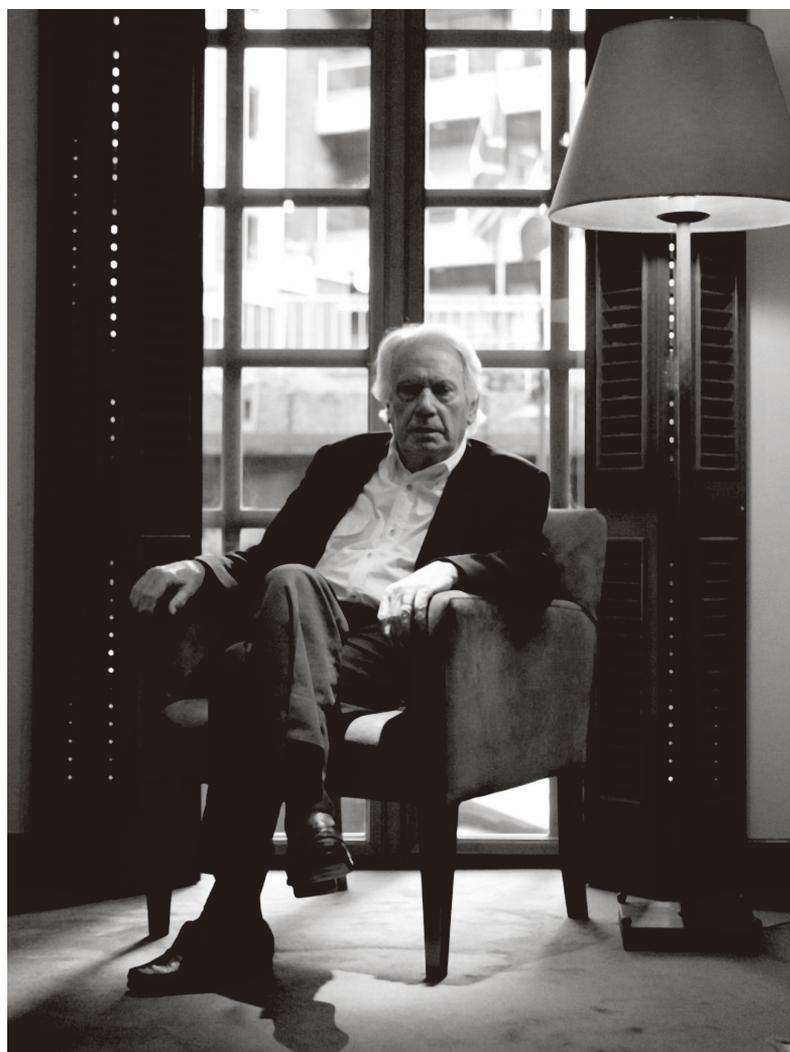
A los ochenta y siete años ha muerto, de muerte natural y en su cama, Jorge Semprún. Jorge Semprún permanecerá como el autor de *El largo viaje* y de *La escritura o la vida*. Ambas, de las mayores novelas que han tenido como escenario primero y como protagonista a los campos de concentración del siglo xx. A mi juicio, la segunda es la más importante de todas por el prodigio de estructurar la pasión desbordada por intensa y el equilibrio formal, y vaya que se han escrito grandes libros en esa línea: *La tregua* y *Esto es un hombre*, de Primo Levi, *Un día en la vida de Iván Denísovich* y *El primer círculo*, de Soljenitzin, entre otras. Y no es que no haya otras novelas de mérito debidas a este autor que es tan español como francés, que es un español desde la raíz en su temperamento, que se vuelca y controla en una escritura que no puede ser más cartesiana. Jorge Semprún ha sido, además, uno de los escritores que mejor caracteriza algo peculiar del siglo xx y su aldea global; si no, piénsese en Conrad, Koestler, Cioran, Beckett, Ionesco, Nabokov, Julien Green... El tiempo de las literaturas y las cinematografías nacionales ha quedado atrás.

A Semprún habría que caracterizarlo como un ser fuerte y alguien que responde al hombre de calidad, de

esos mujeres u hombres que pertenecen al grupo selecto que Ortega calificó como aristócratas del espíritu. Semprún provenía de una familia originaria de Cantabria, perteneciente, por un lado, a la más antigua alta burguesía española pero, también, a la estirpe de espíritus independientes, liberales y críticos de la tribu del Arcipreste y de Cervantes, que enlazan con la modernidad europea —y a fe mía que no fueron muchos si atendemos a Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Escandinavia y aun Italia— a partir de Jovellanos y de Cadalso y de Ganivet. Uno de sus más ilustres antecesores fue don Antonio Maura del que se contaba, y él mismo se ufanaba de ello, que siendo jefe de gobierno tomaba del brazo a algún parlamentario, se lo llevaba fuera del recinto de las Cortes, a un bar, digamos, y le decía: “Anda, vamos a hablar mal del gobierno”. Su padre, cristiano y católico, fue el último embajador de la República en Holanda, antes había sido diplomático en Francia, y el introductor del personalismo de Mounier en España. (Aún hoy hay una sociedad personalista allí que traduce la revista *Esprit*, fundada, precisamente, por Emmanuel Mounier). Semprún, por su parte, perdería la fe de su infancia y adolescencia, entraría al partido comunista y, habiéndolo-

le sorprendido la guerra en Francia, sería miembro activo de la Resistencia. Atrapado por la Gestapo lo enviarían al campo de concentración de Buchenwald del que saldría al finalizar la guerra y darse los guardias del campo a la fuga. Por cierto, Jorge Semprún acabaría abandonando también el partido comunista a pesar de haber sido agente del mismo, durante muchos años, en la clandestinidad en España bajo el seudónimo de Federico Sánchez. Entró con frecuencia en España a riesgo de la vida pero era un hombre vital, ajeno a cualquier forma de depresión, que sin dar un solo paso atrás procuraba llevar a buen recaudo sus peligrosas misiones pero, también, su vida. Pienso que uno no es dueño de deprimirse o no. Pero Semprún fue, siempre, un hombre coherente; auténtico se decía en tiempos de Unamuno, de Camus, de Sartre... ¡Un hombre de honor!, cual criatura sacada de un drama de Calderón. Hombre de lealtades humanas, que son las que cuentan y así de su época de personalista cristiano conservaría hasta el final el afecto, la admiración, la amistad de una notable francesa, católica y escritora, Françoise Mallet-Joris, de su largo tiempo de comunista la complicidad con Javier Pradera, Fernando Claudín, Artur London, Yves Montand... Ya socialista democrático y agnóstico, con Felipe González, por ejemplo, quien le nombró ministro de Cultura, puesto en el que permaneció unos tres años, entre el 88 y el 91 y al que renunció sin dejar de elogiar a su "jefe" porque no podía tolerar al ministro Guerra por cerrado, incoherente y corrupto, como no toleró en sus tiempos de comunista a Carrillo ni a Pasionaria. Sucede que los odios de Semprún eran casi tan intensos como sus devociones y no podía ser de otra manera en una de las más conspicuas figuras del individualismo español. En lo que a mí toca, admiro en Semprún su fidelidad a no obedecer y ser fiel a la persona que uno se ha construido, en lo que no puedo sino compararlo con Unamuno y con Baroja, con Ortega ("no me importa que lo mío sea de los demás lo que puede, incluso, agradarme pero no tengo el menor interés en que lo de los demás sea mío"), con Picasso y con Buñuel; antes con Cervantes, con Gracián, con Goya... Después de todo, si los artistas no dan ejemplo de distancia radical con el común, si no dicen que no hasta el final, saldría perjudicada la verdad. Y así también habría que hablar de un glorioso individualismo francés: Gide ("yo odiaba los hogares y todos los sitios donde el hombre busca encontrar un refugio"), Mauriac a través de Thérèse Desqueyroux ("Bernardo, ¿cómo introducirte en mi mundo confuso, tú que perteneces a la raza ciega e implacable de los simples?"), Montherlant ("debo avivar sentimientos de desolidarización"), y antes Pascal ("hay que ver la cosa de golpe con una sola mirada, y no por el avance del razonamiento, al menos hasta un cierto grado"...).

Lo propio de las novelas de Semprún que se desenvuelven en Buchenwald, una y otra con reminiscencias del pasado y visiones del futuro, es la experiencia poética de la voluntad de vivir y de la fidelidad a la búsqueda de la verdad. Fue en su literatura un verista en la tradición de Stendhal que tanto fastidiaba a Valéry. En *El largo viaje* el narrador, el propio Semprún, pues es una novela autorreferencial y no una memoria novelada como la *Autobiografía de Federico Sánchez*, se pregunta en esa lucha para sobrevivir en medio del horror del campo de concentración, ¿qué ve esa familia cuya casa da al campo?, ¿cómo es, acaso, esa experiencia de no ver viendo?, y desde luego, no emprenderá el regreso a Francia sin visitar aquella casa y a sus inquilinos para, despiadadamente, confrontarlos. Y ya cuando entra en tierra francesa con otros ex prisioneros, camaradas suyos, responde, violento, al francés que le habla generosamente, porque no lo podía ver sino como un paisano, de la alegría de regresar a casa, que ya tiene suficiente con cargar a España para echarse, también, arriba otra patria. Esas novelas nos hacen vivir también la compasión, el sentido gozoso del sacrificio, el amor a la vida. Semprún escribe en un tono que no admite plañideras ni jermiadas, escribe como sólo puede hacerlo alguien dueño de sí mismo que vence a la debilidad, como un estoico



Jorge Semprún

o un epicúreo de la antigua Roma, rememorando a aquellos caballeros andantes que transfiguraban las humillaciones y el dolor. Así, en *La escritura o la vida*, la novela que se inicia a la salida del campo, en el nuevo advenimiento de la libertad, hace vivir al lector el reencuentro con la luz porque no ha llegado, en lo inmediato, el momento de ser otra vez prisionero, entonces de la memoria, sino que se trata de gozar cada instante, la calle y la cotidianidad, abrigar, fruitivamente, la promesa de vida en abundancia que porta cada mujer que cruza nuestro camino. Nada más opuesto, pues, a esos otros hombres que encerrados en la escritura aplastaron el rebrotar de los sentidos hasta sacrificar la existencia, como Levi, como Celan, aquellos que no pudieron ni quisieron recuperarse. Hay que concienciar, parece decir Semprún, que ha dejado de ser solamente español, que tiene que aprender a ser francés, lo que en alguna medida ya es, porque en España está Franco y a España sólo volverá para hacer la guerra. Extinguirse en la nostalgia o aumentar el horizonte vital, he ahí la única y verdadera alternativa. Muerto Franco y ya con los socialistas en el poder, acepta el nombramiento que le ofrece Felipe González como la coronación de su vida de conspirador y renunciará tres años después porque no está hecho para obedecer, para tragar mierda, pero, además, porque Fran-

cia también lo formó y le pesa vivir lejos de París. Así se confirma como el gran escritor español en lengua francesa o como uno de los no pocos escritores franceses que hicieron de España una segunda morada.

Es curioso, por otra parte, constatar la complejidad del ser humano desde las reflexiones de Semprún sobre el lenguaje: el hombre que rechazó a Ortega y Gasset por sentir y resentir en él cierta prepotencia castellana un día lo lee en inglés y proclama la importancia de Ortega, a quien la lengua inglesa le ha quitado su abominable afectación; hay que leerlo, concluye, en inglés. Sin embargo, una de cal por una de arena: ese hombre hará, años más adelante, el elogio de la lengua castellana, de su reciedumbre y bella sequedad, llamándola lengua de mando e imperial. Después de todo él, tan señorito como Ortega, hablaba en un castellano sonoro e impetuoso. Pariente espiritual de Henry de Montherlant, podría haber suscrito que vivir bien, vivir a la altura de lo que la vida puede ser, requiere hacerlo en un ritmo de sincretismo y alternancia; pasar de una cultura a otra, de una lengua a otra pero ser siempre fiel a uno mismo; dudar de todo pero no dudar nunca de sí mismo. Por todas estas cosas vuelvo una y otra vez a las novelas de Jorge Semprún cual vuelve, Machado *dixit*, la cigüeña al campanario.

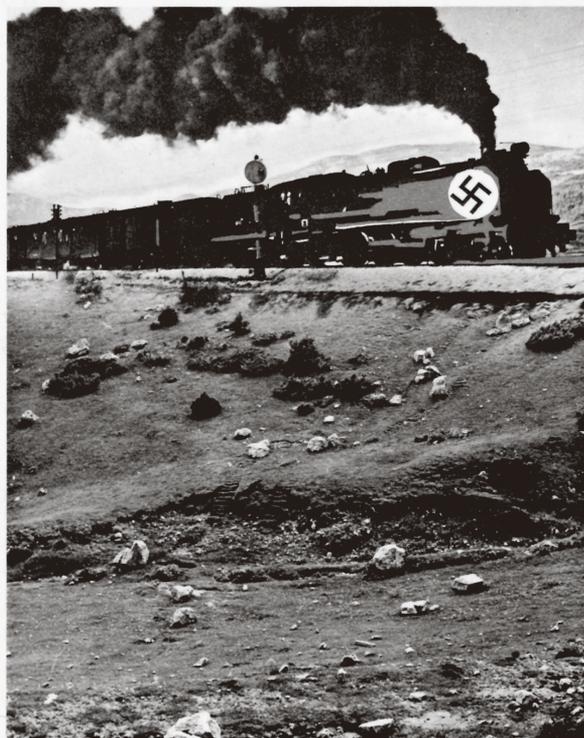
Jorge Semprún VIVIRÉ CON SU NOMBRE, MORIRÁ CON EL MÍO

colección andanzas



TUSQUETS
LIBRERÍA

Jorge Semprún EL LARGO VIAJE



SEIX BARRAL
Biblioteca Breve